

## Dossier Ludicamente 14

### Cuando los académicos juegan con la literatura

**Cita:** Dossier Cuando los académicos Juegan con la literatura. Ludicamente 14 En *Revista Lúdicamente*, Vol. 7, Nº14 Junio-Octubre 2018, Buenos Aires (ISSN 2250-723x).

## CANDY CRUSH SODA

*Dra. Nathalie Goldwaser Yankelevich*  
*Investigadora CONICET – UBA*

En un punto sabía que no quería ganar.

Eso iba a implicar alargar mis horas de escritura o de insomnio.

Comer un caramelo o conseguir uno era cuestión de triunfar o fracasar en mi intento por ganar. Si hacía que el caramelo explotara era aún peor.

Perder era mejor opción. Pero nadie, ni mis amigos de partida iban a poder entenderlo.

Mi madre me dio una vida. Ella sola podía entender de lo que se trataba esto.

“Los que fracasan cuando triunfan”, recordaba su frase mientras le mandaba un mensaje por si estaba despierta. Ahora me pide ella una vida, y yo no se la puedo dar, no por una cuestión generacional o moral, sino porque no había conexión para ello. Lo hubiera querido pero ¿hasta qué punto eso sería bueno para mí?

Explicarle esto era muy largo, tedioso e incluso era incomprendible. No hay paredes que bloqueen las señales, entonces... ¿por qué me sucede esto? 6:30 AM o 18:30 PM, quizás aparecería una solución. Faltan horas y horas. Y yo, desesperadamente, no contaba con ninguna estrategia más que seguir jugando.

¿A quién culpar?, quizás a Emiliano, el operador del servicio de Internet, esa voz cordobesa que lo único que supo hacer fue meterse en mí, virtualmente, y arruinar el único espacio de

fluidez que puede uno tener en esta ciudad metropolitana. Pero me invadió. Lo hizo con prolijidad, tanto es así que ni a mi madre pude explicarle lo que sucedía.

Menos a mi jefe, cuyo *deadline* o límite de muerte eran las 00hs. Él jugaba otro juego "SIGEVA", menos amigable pero que hacía que tuviera que contar con los suyos. Yo era una de los suyos. ¿Cómo le iba a explicar de este obstáculo -tan paranoico como perverso- que no me permitía ayudarlo? Debía hacerlo para evitar una mala interpretación de su parte sobre mi-no-aporte. "¡Filosofía de la acción!": ¿cómo hacer cosas sin las cosas? ¿Por dónde pasan los datos? ¿Qué necesitaba para materializar lo que eran solo palabras, números, cruces y líneas? Necesitaba fuerza y electricidad, ingeniería y arquitectura. Pensé en mi padre: le pedí que me hablara de los amperes, le pregunté si era posible convertir en energía algo que es solamente palabras u objetos inanimados. Me lo explicó: si ponés un caramelo dentro de una gaseosa genera la corrupción alquímica de la energía. Candy Crush Soda.

## CAVERNE.COM<sup>1</sup>

*Dr. Francisco Naishtat*  
*Investigador CONICET-UBA*

He errado, caído, flotado, me he sumergido allí rodeado por mis fantasmas, cautivo, sin poder liberarme, anónimamente, entre personajes enmascarados, sin cuerpo ni identidad y que, sin embargo, invadieron violentamente mis noches, sin interrupción, durante una eternidad, privándome del sueño, la escritura, el trabajo, el mundo material y concreto, realidad única en la que sentía en otro tiempo derramarse mi existencia y en la que se enraizaba mi vida y la supervivencia de lo que más quería, el espacio material, los cuerpos, mis afectos, los otros, que sin embargo sacrificué e inmolé en el altar de lo virtual, dejando devorar mi mundo por esta antimateria paralela, como un solo punto del espacio, sin extensión, cuerpo, geografía ni raíces de ningún tipo, y no obstante devorador de todos los puntos, de todos los espacios, de todos los mundos, simultáneamente, como un único juggernaut, despiadada fuerza de materia oscura, verdadero agujero negro. Fue ésta mi Caverna, mi Caverna de Platón, en la República de la noche, de una noche innominable, privada, soez, secreta, sin restos, finalmente invasora de la totalidad del día, donde las sombras embriagadas e intermitentes ahogan la luz sofocando poco a poco toda veleidad de resistencia. Para hablar de este fenómeno la psicología habla de "adicción". Pero esa es una etiqueta sin proporción alguna con la herida sin cicatrices ni sangre que se abre en la carne para meter de a poco la inexistencia más cruda, puesto que lo virtual, como cotidiano agujero negro, vive en parásito del resto de la luz y del resto de los cuerpos, que se traga como invisible embudo sin dejar rastros. Y es esta su singularidad profunda, su esencia diabólica: la impunidad simbólica absoluta. Lo virtual realiza de este modo el sueño de todo criminal, que es la posibilidad de borrar completamente las huellas de sus víctimas, como si estas no hubieran jamás existido. La Caverna de Platón no había llegado tan lejos, puesto que lo sensual, que la constituía, dando apariencia sensible a sus sombras y simulacros, hundía sus marcas espaciales en la superficie de la piel. Pero lo virtual es profiláctico,

---

<sup>1</sup> Este relato pertenece al libro *Bola de Cristal* (2016). Libro que recibió el Primer Premio XXIX Certamen Nacional de Poesía y Narrativa Breve. Letras Argentinas de Hoy 2013. Buenos Aires: Ed. De Los Cuatro Vientos. El autor autoriza su publicación.

paradigma espectral de un mundo sin huellas. Lo virtual es aquí el grado supremo de la inexistencia, ya que los inexistentes circulan allí como meros reflejos luminiscentes que brillan y se apagan alternativamente en diferentes focos, como intermitentes bichitos de luz, cada uno siendo un mero fantasma de sí mismo. Lo digo en este resto de lenguaje, palabra mutilada, quebradiza, lagunar, olvidadiza. La concepción de los Lager había puesto en obra un proyecto de supresión de las huellas, y los campos de la muerte debían traducirse al mismo tiempo en la destrucción de toda espontaneidad. El mundo virtual combina en cambio el borramiento de las huellas junto a la realización simultánea e impune de todos los fantasmas, de todos los deseos.

## AZAR AGÓNICO

*Dra. Susana Romano Sued*  
CONICET - UNC

Nuestra madre agoniza. Nosotros esperamos el desenlace sentados alrededor de su cama, con las miradas húmedas y fijas en su cara que se va poniendo cada vez más pálida, y en su pecho que sube y baja agitado. Choli, la empleada, va y viene con vasos de agua y pocillos de café.

Tengo el impulso de salir corriendo pero me contengo. Miro a Papá que aprieta una mano de mamá, la acaricia, le dice: Elsa, Elsa, no nos dejes, y ella abre un poco los ojos, parpadea, y un murmullo le brota, primero suave e incomprensible. Luego emite unos sonidos que parecen decir "primera, primera". A Choli se le ilumina la cara, se dirige al armario, donde trae papel y birome, y se acerca a mamá. Nos miramos mientras la frase de mamá se hace más nítida, y Choli se apresta a escribir. ¡200 pesos el 27 a la cabeza! ¡Vespertina! Papá le hace el gesto de "andá" y Choli sale corriendo.

Mamá abre un poco los ojos y suspira agitada. Nos miramos, estupefactos, mientras Choli, ya de regreso, trae la jugada de quinielas. Papá acaricia la mano de mamá, quien esboza una sonrisa leve, y emite un último suspiro, mientras nos brota el llanto.

## SEISDEDOS

*Lic. Fernando Bogado*  
*CONICET - UBA*

José Seisdedos tenía uno de esos nombres que a cualquiera puede espantar. Calculo, por la terrible posibilidad de que todo sea real y el sujeto tenga en una de sus manos el dedito extra que justifica el apellido. O por ese decidido *look* a ingeniero en sistemas fracasado: es difícil de describirlo, si alguien lo ve, va a entender a qué me refiero. Hago, igual, un esfuerzo. Cabello negro, muy negro, peinado hacia un costado, muy a un costado. Camisa abierta y arremangada, fuertes arbustos de pelo en el pecho y en los brazos saliendo por los bordes de la tela. Cejas tupidas, pestañas largas... Un auténtico espécimen de la más mamífera humanidad. Y su mochila. Siempre, de un lado para el otro, de comiquería en comiquería, él y su mochila, como un mercader de Oriente Medio que, entre carpetas y carpetas de cartas, tenía también para ofrecerte una alfombra voladora o una lámpara de esas que se frotan y sacan genios y deseos. Todo coincidía con su mirada de turco, la misma que tengo yo, sólo que la de él era fuertemente misteriosa, distante. Seisdedos era todo lo que uno podía esperar de alguien que había entregado su vida a la magia. Quizás, por eso, lo de jugar Magic.

Desde que lo conozco, José es grande. Tiene un perfil de adulto congelado, cristalizado. Parece que siempre tuvo cuarenta. Cuando lo vi por primera vez, jugaba con mis amigos en los torneos que se organizaban en la precaria comiquería de la peatonal Belgrano, en el centro de San Martín. Era amigo de Pipi y su hermano. Amigo o conocido, porque después me di cuenta que era difícil mantener una amistad duradera con Seisdedos. No porque fuese mal tipo, sino porque todo, todo en su vida giraba claramente alrededor de Magic. La obsesión por un tema puede ser el comienzo de una amistad, pero, a la larga, ese chispazo de buena onda tiene que derivar en otras cosas. Sino, la amistad se estanca y se pierde y, cuando cambiamos -porque cambiamos-, dejamos de ver a tal o cual persona sencillamente por recordarnos un aspecto de nuestra personalidad que ya dejamos de lado.

No me acuerdo si jugué contra él en el primer torneo que gané en San Martín. Me da la sensación de que sí. Yo usaba un mazo de mercenarios casi todo negro y tenía en mi poder la carta del momento, el "Puerto Rishadano". La final se la gané a Pipi. Estaba contento, nunca había tenido buenos resultados antes en estas competencias, en cualquier

competencia, y nunca los volvería a tener. Fue mi debut y despedida en lo que a la gloria de los *card games* se refiere. Mientras abrazaba el sabor de la victoria, Seisdedos estaba en donde siempre: sólo, al costado de la gente, con las carpetas de cartas desplegadas, tratando de vender alguna para comprar alguna otra, en esa cadena de intercambios infinita que era armarse un mazo.

Crecí y fui dejando de jugar. Las cartas eran más caras y otras cosas venían a manejar mi agenda. Había entrado en el Magic para socializar con gente que compartiera los mismos intereses, cosa que me sirvió para sentar las bases de amistades que siguen hasta ahora. A veces hablo con mis amigos de Magic y sé, en el fondo, que es como hablar de nosotros, sólo que en clave, recuperando el momento en que éramos felices con menos cosas. A veces no hablamos de nada, y sólo tomamos, o dejamos que el tiempo pase, o hablamos del clima.

Hace poco me crucé con Seisdedos. Volví a jugar a torneos oficiales con un mazo azul que me armé con comunes y cartas relativamente baratas. Ya lo dije, pero insisto, José estaba igual. Lo saludé cuando lo crucé por la escalera, yo saliendo del local, él entrando. La misma mirada, la misma mochila. Dije "Seisdedos" y moví la cabeza. Él dijo "hola". Me hubiese gustado decirle todo lo que representaba su imagen en esos primeros años de adolescencia. Y lo que era ahora, un pedazo inmutable de un pasado que siempre sentí en fuga, así como era yo, proclive a la melancolía. Pero sólo dije su nombre y pensé en lo de sus manos. En alguna tenía que estar el dedito de más. Ojalá.